

D O N B L A S

No han de faltar quienes nos traten de malas hijas, de perversas. Ya se sabe como es la gente. "Lo dejaron morir solo, como a un perro. Son unas desalmadas". Eso es lo que dirán, seguramente. Pero a nosotras no nos importa mucho lo que digan. De todos modos dentro de unos días nos vamos de Mercedes y todas esas historias se habrán terminado. Pero es bueno que se sepa la verdad. Aunque no va a resultar novedad para mucha gente. De eso estamos seguras. Sobre todo para los que conocieron a papá, que Dios lo tenga en la gloria. ¿Y quién no lo conoció en Mercedes? Pero habría con todo que aclarar. Porque una cosa era verlo un rato, soportarlo un rato diría yo mejor, y otra tener que aguantarlo en casa durante todo el santo día. Ustedes saben bien todo lo que tuvimos que aguantarle. Y no digamos nada de la pobre mamá; fue siempre una verdadera mártir. Más de veinte años soportando sus enojos, sus caprichos, sus insultos. Nada de lo que hacíamos nosotras estaba bien. Desde que papá se jubiló de peluquero, aquello se convirtió en una tortura continua. Que son unas haraganas, unas arrastradas que no piensan más que en novios y en quién sabe qué cosas; y dále a descargar su bilis en mamá; toda la culpa la tenía ella, no nos había sabido educar, no nos había enseñado a respetarlo; y la pobre mamá no se animaba a contestar una palabra. Si salíamos a caminar hasta la esquina, ya lo veíamos enseguida plantado en la puerta, con la cara congestionada, como si nos hubiera sorprendido haciendo alguna barbaridad. Si algún muchacho se nos acercaba, enseguida encontraba pretexto para llamarnos; y para insultarnos con su voz de trueno, como para que todo el barrio se enterara. Y si algún día mamá nos compraba alguna cosa, ya podíamos aprontarnos a sentirlo durante todo el día: "Eso es lo único que saben, gastarse la plata en porquerías". Plata, conviene aclarar, que era de mamá, de los pesos que recibía por el arrendamiento de su chacrita. Porque lo que es con la jubilación de papá, no había mucho con qué contar.

Cuadernos de Mercedes

Todo lo hubiéramos tolerado sin embargo. Al fin de cuentas era nuestro padre; pero en los últimos años ya no era vida lo que llevábamos. A mamá se le había ocurrido hacer unos pequeños arreglos en la casa. Eramos seis, viviendo en dos piecitas, porque el galpón era como si no existiera; papá lo había atestado hasta el techo de fierros inútiles; no había remate del que no volviera con algún cortafierro viejo o vaya a saber qué; y guay del que se animara a tocarle algo. Mamá había juntado peso sobre peso para hacer esa reforma, una piecita donde pudiera dormir el Ruben y desahogarnos un poco. No hubo caso. Ni siquiera aceptó que se le diera una mano de pintura a las dos piezas, que se abriera una ventanita al fondo. “Vivimos veinte años así y no tenemos por qué cambiar. Son ideas que se le meten a ustedes en la cabeza”. Mamá siempre se había inclinado ante su terquedad; pero esa vez no pudo soportarlo más: “Si no me permitis hacer ese arreglo, vamos a tener que irnos de aquí”. “Váyanse, si tienen tantas ganas; yo aquí estoy muy bien”. “Mirá que te hablo en serio”. “Hablá como quieras”. No hubo manera de sacarlo de allí. Y para colmo su carácter se volvió peor que nunca. Todo lo que hacíamos estaba mal. Y le daba por sospechar de nosotras: “Si quieren irse, váyanse de una vez, yo no necesito de nadie”. Y enseguida una rociada de insultos. Ya no era vida, pueden creerme. Más de una vez sorprendimos a la pobre mamá secándose las lágrimas. Hasta que un día no pudimos más: “Mirá, mamá; si a él le gusta vivir en este cuchitril, que viva todo lo que quiera; nosotras no somos esclavas. Vamos a buscar alguna casita y nos vamos a vivir allí. Así aprenderá. El se cree que puede hacer cualquier cosa con nosotras, pero va a tener que darse cuenta que eso no puede ser”. Mamá no sabía qué hacer, se quedaba callada días enteros. Y papá, como si gozara con ello, cada vez más insoportable; todo el día gritando, insultándonos, mandándonos de aquí para allá. Pero no le duró mucho. Una tarde, aprovechando que había ido a cortarle el pelo a un antiguo cliente, nos fuimos con mamá a la casita que habíamos apalabrado días antes. Mamá le dejó unas líneas y se vino con nosotras. “No andés lloriqueando, boba; así va a aprender a respetarnos un poco más”. Cargamos un carro con algunos pocos muebles, alguna ropa, y esa noche ya estábamos instaladas en la nueva casa.

Durante todo ese día nos pasamos pensando en la cara que iba a poner papá cuando volviera y no nos encontrara. Esa noche lo vimos pasar por la acera de enfrente. Era tarde, habíamos trancado la puerta, pero no se animó a acercarse. Se limitó a mirar con esos ojos

Wáshington Lockhart - DON BLAS

duros que ponía cuando estaba a punto de estallar. Todos los días le mandábamos la vianda con el Ruben. Papá le preguntaba por nosotras, si estábamos chifladas, y juraba que nos iba a llevar a todas de una oreja. Un día, como a la semana, se apareció. Entró sin decir nada, miró todo y después le salió un “Buenas tardes” con una voz rara que nos dio un poco de miedo. Nosotras le contestamos y seguimos sentadas, sin mirarlo, como embebidas en lo que estábamos haciendo. Empezó a hablarnos en tono mesurado, como razonando: “¿Qué les dio por venirse acá? ¿Son ustedes mis hijas o no? Está bien un capricho; pero esto ya no tiene nombre. ¿O lo que quieren es gastarle toda la plata a la vieja?”. Nos hablaba cada vez más fuerte, como si se sintiera de nuevo en su casa. Nosotras no nos animábamos ni a respirar. Y terminó insultándonos, diciéndonos de todo: “Se están portando como unas guachas! Eso es lo que son! Y a vos, debía darte vergüenza tener unas hijas así! Desvergonzadas! Están muy contentas con lo que han hecho! Bandidas!” etc. etc. Bueno, yo tuve que irme, y menos mal que él también se fue al poco rato, no sin antes gritarnos todo lo que se le ocurrió desde la puerta. Esa era la manera que tenía de convencernos para que volviéramos. Con todo, cuando cayó en cama, todos los días iba alguna de nosotras a ver si necesitaba algo. “No necesito nada”. “Pero papá; ¿por qué no llamás al médico?”. “Yo sé lo que tengo; yo sé cuidarme solo”. El siempre había arreglado todo con paños de agua fría. Esta vez, sin embargo, se veía que tenía algo serio; pero no había manera de hacerlo llamar a un médico. Y como para animarnos nosotras a llamarlo, sabiendo el escándalo que armaría. Un día, en el momento en que yo había ido a verlo con mamá, perdió el conocimiento. Llamamos al médico. Ya era tarde. No abrió ya más los ojos. De noche deliraba, gritaba: “Desvergonzadas, malas hijas!”. Dos días después se moría. Demasiado hicimos por él; por cierto que no se merecía tantos cuidados. Pero, ¿para qué seguir hablando de eso?. Como dice mi hermana Alcira: “Eso ya pasó a la historia. Hasta casi mejor que se haya muerto”.

* * *

Yo no pensaba decir nada; al fin de cuentas esa “historia” no me concierne. Soy nada más que un testigo de ciertas circunstancias, un vecino a quien esas cosas no le van ni le vienen. Pero después del relato de su hija me parece mal seguir callado. No porque lo que ahí se dice sea mentira, por lo menos en rasgos generales; pero no es toda la verdad. Ni siquiera es la parte más importante de la verdad. Y, después de todo, se trata de la vida de un hombre, de un

Cuadernos de Mercedes

hombre a quien conocí. ¿Qué otro homenaje a su memoria que decir lo que sé, que dar una versión todo lo fiel que me sea posible acerca de su vida?

Debo empezar por aclarar que yo no fui su amigo, que mis relaciones con él no pasaron de algunas conversaciones ocasionales. Por otra parte, Don Blas no era hombre como para tener amigos. Era demasiado áspero, cualidad que parecía haber perfeccionado a través de una larga costumbre; y no concebía otra manera de relacionarse que descargar sus sentimientos sobre el prójimo. Dije “descargar” y es la palabra justa; el otro se convertía para él en una especie de receptáculo. No escuchaba ni le interesaba en absoluto lo que el otro podía pensar o sentir. De una naturaleza vigorosa, desbordante, siempre tenía algo que comunicar, que “descargar”, y no perdía tiempo en preparativos. De ahí que se hiciera conocer por todo el pueblo, hasta tal punto que cuando yo pasé a ocupar la casa lindera de la suya, la gente se daba por enterada de la ubicación de mi casa recién cuando yo decía quién sería mi vecino: “Ah! con que al lado de lo de Blas Stone”. Y todos entendían enseguida.

“Mi nombre quiere decir piedra”, me dijo en una de nuestras primeras conversaciones. “Mi abuela era india, de las Misiones, y mi abuelo inglés”. Y parecía querer resumir las cualidades de ambas razas, y me miraba fijo con aquellos ojos de gallo de riña, y su gesto adusto, el cuerpo bien derecho, pese a que andaba por los sesenta años, manojo de nervios sobre el que resonaba su vozarrón incansable. Conmigo, sin embargo, era en ocasiones hasta servicial. A veces me prestaba algunas herramientas de su abundante arsenal. Pero así tenía que devolvérselas, sin la menor huella de haber sido usada. Su casa estaba separada de la mía por una pared divisoria no muy alta, de modo que yo no tenía más remedio que escuchar todo el día su interminable vozarrón. Las destinatarias más a mano eran sus tres hijas, tres muchachas delgaduchas, inquietas como pájaros, revoloteando todo el día de la casa a la calle y de la calle a la casa, no perdiéndose ocasión de conversar con alguno de los incontables dragones que estaban al acecho. No sé si Don Blas, como le decíamos los vecinos, extremaba su severidad con ellas; pero no creo, en todo caso, que careciera de justificaciones. Algunas travesuras amorosas de sus hijas, comidilla por un tiempo del barrio, no merecían en verdad mucho mejor tratamiento. Pero lo que puede asegurarse es que ninguna de las tres hacía mayor caso de su padre, y que todos aquellos rezongos les entraban por un oído y les salían por el otro. En cuanto a la ma-

Washington Lockhart - DON BLAS

dre, no daba señales de vida; era como si no existiera, y las pocas veces que me crucé con ella, algunas noches de verano en que ella salía a la vereda a sentarse en su silla, me saludaba con su débil vocecita, me preguntaba por mi señora, y nada más; una tímida mujercita, una verdadera alma de Dios, ocupada en su hogar y en no hacer ni pensar nada: el receptáculo ideal para Don Blas. Por lo menos hasta que se produjo la crisis conocida.

Yo vine a enterarme por el raro silencio que me llegó un día entero desde la casa de mi vecino. Pensé que estarían de viaje, lo que me parecía demasiado extraño, cuando, esa noche, al pasar por su casa, me lo veo a Don Blas tomando mate, sentado en el zaguán con el termo al lado. Me saludó con un saludo calcado del de todos los días, pero, pese a su forzada imperturbabilidad, se notaba que algo raro le pasaba. La noticia corrió enseguida por el barrio. Pero Don Blas, como si nada. Sin embargo, tan obligado silencio parecía que lo iba minando por dentro; eran muchas las palabras y los rezongos que tenía que tragarse, y no estaba acostumbrado a esa clase de rumias. Hasta su aspecto físico pareció desmejorar. Ya no tomaba su mate mañanero parado en la esquina, como antes, mirando a lo largo de una y otra calle; ahora se quedaba sentado en el zaguán, y a veces la vista se le quedaba fija en un punto determinado de la acera. Cuando nos veía, nos miraba, como siempre, con sus ojos severos, pero su mirada parecía provenir ahora de más adentro, del fondo de sus órbitas hundidas. Cierta día vino a pedirme unos limones, como a veces solía hacerlo. Debo aclarar que sólo se decidía a hacer tal solicitud si yo antes le había pedido a mi vez alguna de sus herramientas; de otra manera, jamás hubiera venido a pedirme un favor al cual no se creyera con derechos. Ese día se quedó un momento charlando en la puerta. Conmigo guardaba siempre cierta reserva. Me consideraba un "intelectual" y no dejaba de propinarme alguna "envenenada" no muy discreta: "Yo soy un ignorante, nunca fui a las Universidades y no sé expresarme, pero cuando digo algo yo sé lo que digo". Y de ahí, exaltado, derivó hacia su drama familiar. Fue la única ocasión en que salió de su reserva al respecto. Después de relatarme la ida de su señora, pretendiendo vanamente restarle importancia ("se le ocurrió irse por esto, por aquello; cosas de mujeres"), prosiguió: "Ayer nomás estuve en la casa. Fui a hablarle, por los hijos, porque al fin y al cabo son hijos de uno; pero yo no sé lo que me pasa que a veces quiero decir una cosa y me sale otra. Quise empezar a hablarle, y me empiezan a salir insultos; y más quiero hablar, y más insultos digo, por cualquier

Cuadernos de Mercedes

cosa; es una cosa que yo no sé, una desgracia que tengo. Seré un bruto y todo lo que quieran, pero porque uno sea un bruto no tiene por qué ser desgraciado”.

Yo no sabía qué decirle, hubiera querido aconsejarlo de algún modo, pero cuando iba a abrir la boca, me dijo, señalando el techo de mi casa: “Esa antena está mal asegurada; el primer día que sopla un viento fuerte la voltea”. Y antes que yo pudiera decir nada, se fue, pisando recio, y se metió en su casa.

Esos días se le fue viendo cada vez menos. Supe después que estaba algo enfermo. Fui a verlo, golpeé en la puerta, y, luego de un rato, siento su voz ordenándome entrar. Encandilado por el sol de la calle, no distinguía absolutamente nada. Cuando pude hacerlo, me encontré con un desorden fabuloso, un revoltijo de sillas, ropas, objetos de las clases más variadas, de uso indefinido, todo debajo de una capa de tierra de tres dedos. La voz de Don Blas, surgiendo del rincón más oscuro de la pieza, me sacó de mi asombro; allí pude localizar sus dos ojos, cada vez más hundidos, mirándome con fijeza. Le pregunté si necesitaba algo; “No necesito nada. Yo sé cuidarme. Yo sé lo que tengo”. Ni hablarle de llamar a un médico; “Lo único que saben es mandar drogas”.

Salí de su casa con un triste presentimiento. Y ya no se le vio más fuera de su pieza. Salvo la ocasión en que un diariero intentó robarle. El canillita acostumbraba entrar y dejarle el diario sobre la cama. Una mañana le pareció que Don Blas estaba dormido y metió la mano en el bolsillo del saco que estaba colgado en el respaldo de una silla. El vozarrón de Don Blas lo hizo saltar y salir corriendo; y detrás suyo, cubriendo su magra figura con una frazada, Don Blas que lo corría hasta la esquina, gritándole “ladrón” y “moscoso bandido”. Esa fue su última salida.

Uno de esos días, habiendo llegado sus dos hijas mayores a traerle la vianda, yo me aparté un momento mientras lo servían. Sobre una especie de cómoda antigua que estaba cerca de su cama, podía verse la colección más extraña de objetos, estatuillas, floreros, cepillos casi sin cerdas, todo cubierto por una espesa capa de polvo. Es decir, no todo. Me llamó la atención, en efecto, un pequeño portarretrato reluciente por su limpieza, conteniendo la fotografía de tres niñas pequeñas, tres cabecitas rubias y sonrientes... La voz de Don Blas me llamó a la realidad. “Qué tiene que tocar ahí”. “Nada, Don Blas, yo estaba...” “Yo no voy a revolver en su casa”, y me endilgó

Washington Lockhart - DON BLAS

uno de sus más ásperos sermones. Al otro día, ya no vi el retrato sobre la cómoda.

Pocos días después, una mañana temprano, Don Blas fue encontrado muerto. Volví yo ese día a mi casa, pensando en aquel extraño destino que acababa de cerrarse, en aquel hombre que quería tanto a su esposa y a sus hijas, y que no había podido encontrar las palabras necesarias para decirlo, cuando siento como un latigazo en una de las paredes. Una de las riendas de alambre que sostenían la antena de la radio se había desprendido con el viento y estaba chicotando contra la pared. La antena, librada a sus propias fuerzas, se inclinaba peligrosamente y de un momento a otro todo amenazaba venirse abajo.

